

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

Á DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

MEMORIAS DE UN COCHERO.

(Continuacion.)

V.



El día que formé el proyecto de escribir estas memorias, no fué mi ánimo, ni pasó por mi imaginacion, narrar día por día y hora por hora todos los acontecimientos de mi vida durante los dos últimos años. Mi oficio me ha colocado en situacion de ver muchas cosas, de tomar parte en muchas aventuras, unas veces activamente, otras como simple testigo actuario. Si las mas de las ocasiones he oído desde mi pescante las canciones, mitad españolas y mitad inglesas, y las risotadas de espléndidas bellezas de la vecina Union, ó los charachos picantes y los espirituales equívocos de mis conciudadanas de ambos hemisferios, que he conducido

de aquí para allá y de allá para acá, á todas horas, pero principalmente de noche; tambien detras de mí, al través del tapacete de hule, he oído suspiros, y reprimidos sollozos, y ayes de angustia y gemidos de desesperacion. Pero, como no me sería facil, ni aun siéndome, la discrecion me impediría vaciarlo todo en el papel para entregarlo luego á la estampa; como tampoco me he propuesto escribir los Misterios de la Habana, estos fragmentos, entresacados de mi cartera imaginaria, serán únicamente cuadros aislados, sin ninguna trabazon entre sí: no hay mas unidad en este escrito que la de mi persona: la accion, el tiempo y el lugar son entidades elásticas, rancias, desechadas como inútiles por nosotros los románticos. Prevengo de este modo las críticas futuras y dejo contestadas las que puedan haberse hecho en el pasado.

Por lo que respecta al presente, estoy tranquilo: el coche que me ha consignado mi patron es nuevecito y flamante; y los caballos que rijo desde mi trono al aire libre, son americanos, parti-

darios de la union, y no reproprios ni confederados.

En este mismo coche, recién nuevo, con estos mismos caballos, limpios, blancos y lustrosos cuando no está ajado ni sucio hube de salir del establo cierto día de cierto mes de cierto año (no es prudente precisar fecha) y dirigirme á cierta casa de cierta calle de cierto barrio. Mis caballos y yo (siempre han de ir ellos por delante de mí) íbamos aderezados con nuestros mejores atavios. Las piernas de los frenos, los ganchos de los sillones, las hebillas y pasadores eran, ó tenían todas las apariencias de ser, lo que dá lo mismo, de luciente plata; el correage alustrado con tinta del Zapon, segun lo afirma su rotulata; las riendas de lana punzó, lo mismo que las rosetas que adornaban las testeras. Por mi parte, no desdecia en nada de mis brutos: levíta y pantalon negros, chaleco blanco, corbata negra, sombrero de Jipijapa: es decir que íbamos en toda regla. Pero ¿á donde íbamos? Vais á saberlo en seguida: á conducir á un caballero desde

su casa á la casa de los padres de un niño que debia recibir en la pila de la Iglesia de las Salud el primero de los sacramentos, es decir, por si no supiereis, el bautismo: este caballero era el padrino.

Impaciente me estaba aguardando en el umbral de la puerta: él mismo abrió la portezuela y subió. Recibí la direccion con la orden de marchar aprisa. En cinco minutos nos pusimos en la casa..... mortuoria, iba á decir; y lo digo, porque un recién-nacido no es mas que un difunto en retoño. Pero la casa estaba de fiesta, como si la venida al mundo de un desdichado mas mereciese la pena de saludarse con fanfarrias y cascabeles y no con dobles de campana.

Tres quitrines de pareja esperaban á la puerta. La llegada del padrino fué acogida con entusiasmo: la hora se estaba pasando.

El primer carruaje fué ocupado por la madrina, ricamente vestida de gró de Nápoles y blondas; y á su lado con el chico en el regazo, la nodriza, china criolla, moza y robusta. El blanco ajuar del niño era primoroso, desde la cofia de punto y encajes hasta el falde-lin de raso y los zapatitos de lo mismo.

Una gorda señora, que á vender su manteca por arrobas podria hacer una fortunita decente, y una esbelta jóven de ojos negros, ya se sabe, se acomodaron ó se incomodaron, ó ambas cosas juntas, en el segundo quitrin; tomando posesion del tercero un sugeto de aspecto respetable, que al vuelo conocí ser el editor de la preciosa obrita que íbamos á cristianar.

Otro caballero, jóven y elegante, tomo asiento al lado de mi inquilino despues de haberse estrechado la mano con amistosa efusion; y el convoy fúnebre, para continuar, jeremiada de allá arriba sobre la vida humana, se puso en marcha.

El itinerario era cajonero: desembarcar en la calzada de la Reina por la calle de los Angeles, cruzar por la calle del Campanario-Viejo y nada mas: ya estamos á la puerta de la iglesia.

No traspasará mi pluma los umbrales de la santa casa. Aguardemos la comitiva en la calle, tomémosla aquí de nuevo y por el mismo camino volvamos al hogar de la familia del nuevo cristiano, que vuelve á casa con un nombre que no sacó de ella: este nombre es Pedro, y por tanto desde ahora tenemos el gusto de llamarle Periquito.

No he de pasar por alto, ni por bajo la algarazara de zumba y aguanta, que apenas emprendimos nuestra marcha

de retorno, armó una jauría de pilluelos de todos colores y de todas vestimentas para reclamar su consabido *medio*. El padrino era espléndido y tiraba á puñados las monedas de plata á babor y estribor. Pero ni por esas: la colmena de *gamins* no se dejaba vencer, como se dejó vencer Atalanta con las manzanas de oro de Hipómenes; y el avispero nos siguió hasta la casa, gritando á voz en cuello.

—¡Padrino con tanto lujo, echa *medio pa los dibujo!*

—¡Quirivó, quirivó, quirivó! ¡Real y *medio ná má* tiró!

Hemos llegado todos. Todos descendien de los carruajes y penetran en el comedor, pasando ántes por el zaguan, se entiende. ¡Escena conmovedora! No sé como no me eché á llorar al contemplarla desde mi pescante, al través de la ancha ventana.

La mamá, pálida aun, por no haber cumplido su cuarentena, pero interesante, aguardaba de pié en la puerta de la sala. Detras de ella, en delicioso grupo de ahuecadísimas muselinas y gasas, seis ú ocho lindas jóvenes, de diez y seis á veinte años esperaban su turno de abrazar y bazucar al *nené*.

La madre recibe en las suyas de manos de la madrina el adorado infante, lo colma de besos, y de sus ojos brotan lágrimas de ternura y de felicidad. Las muchachas le arrebatában al angelito, el cual pasa de mano en mano, como pelota de viento. Pero como el hombre es ingrato, por naturaleza, la criaturita acoge todos esos agasajos chillando, como un lechon el día de Noche Buena.

Al papá se le cae la baba hilo á hilo y hasta sogá á sogá, como dijo el inmortal Quevedo.

El padrino está radiante; su compañero de coche, risueño.

El primero reparte escuditos y medallas de oro y plata dorada ensartados en sus respectivas cintas de colores, decoradas con sus correspondientes letreros, que espresaban los nombres y apellidos del niño y la fecha de su nacimiento. Tambien yo tomé mi escudo, pues me había apeado y entrado como los demás.

No es preciso decir, y lo digo sin embargo, que la música llegó apenas cerró la noche; y que no bien estuvo el gas encendido comenzó la danza. No había mas que tres ó cuatro jóvenes del sexo masculino; pero *las* que no obtenían compañero buscaban compañera y se lanzaban al avío, seno contra seno y malakoff contra malakoff; despreciando el proverbio que dice: «pan con pan,

comida de bobos.» ¿Qué mucho? Esta misma gracia la he visto hacer, y en salas decentes, á algunos mocetones barbudos, que por no perder la costumbre, se han puesto á echar su cedazo, varon con varon; y vá haciéndose endémico ese apetito desordenado, esa gala de baile, que es además enfermedad contagiosa por mas que algunos eminentes doctores opinen que no existe el contagio.

A las nueve se sirvió un magnífico *bufet* como dicen los localistas, aunque se trate de una panetela y de un vaso de horchata. Pero el de que yo hablo, si merecía el epíteto con que lo he calificado: era magnífico, como que habia sido preparado en la confitería *la Diana*, la cual había merecido la preferencia, no solo por la excelencia con que confecciona sus dulces, confites, pasteles y helados, sino por ser el establecimiento de su clase mas inmediato á la casa de la funcion.

El pito del sereno fué la señal de dispersion; besos y mas besos, abrazos y mas abrazos.

El padre acompañó á todas hasta la puerta de la calle, dando la mano á las señoras mayores para ayudarlas á subir á los carruajes; pues las manos de las muchachas eran arrebatadas por los *pollos*.

El padrino y su amigo se habian quedado los últimos, para poder hacer una despedida mas íntima y mas desembarazada.

—Con que hasta mañana, compadre, déme un abrazo. Comadre, con permiso de quien *corresponde*, déme V. otro. Adios. Que sea para bien.

—¡Que Dios le dé buena mano! dijo el papá.

—Y mil gracias por todo, agregó la mamá.

—Vamos Alfredo, vamos que ya han dado las once, dijo el padrino dirigiéndose á su amigo.

—Mi coche no ha venido, á pesar de que dí orden de que viniese á las diez. Pero, vámonos: tú me llevarás en el tuyo.

Y estrechando las manos á la parida y á su esposo, salió cogiendo de bracero á su amigo, siempre risueño y retorciéndose el mostacho.

—¡Qué feliz eres, Alfredo! Rico, jóven, buen mozo, en una posicion distinguida, adorado por una muger hermosa.....

—Pues, ahí verás: te engañas como un tonto. Tengo todo eso que dices; pero me falta.....la paz del alma.

Ninguno de los dos articuló una palabra mas. Don Alfredo se quedó en su

casa, y luego conduje á la suya al padri-
no que me pagó generosamente.

Aun conservo la cinta de aquel bau-
tismo en mi poder: el escudo voló, con
otros muchos que se ha llevado la
trampa.

(Continuad.)

Por no saber firmar el autor,

MAESE NICODEMUS.

NO DIGO NADA POR HOY. (1)

Aun mas que cansado, ahito
Estoy de tanto bendito
Verso como llevo escrito
Defendiendo la moral.

Oh! ¡Qué cansada tarea!
Yo creí una panacea
Para todo el que cojea
Mi sistema de moler.

Mas veo que es un fastidio:
Que el númen puesto á subsidio,
Hace tres meses que lidio
Sin resultado feliz.

La confesion me dá pena.
Agotada está mi vena
Tras de tanta cantilena
En contra de la maldad.

¿Qué diré que sea nuevo?
¿Qué original? No me atrevo.
Casi de hablar me relevo
Pues héme de repetir.

Porqué, la cosa es muy clara;
Cosa que salta á la cara.
¿Qué diré, si se repara,
Que no tenga dicho ya?

Decir hoy que el mundo entero
Está vuelto un hormiguero,
Un terrible arcabucero,
Lo dije hace mas de un mes.

Que están las naciones todas,
Entre desmoches y podas,
Poco menos que bēodas,
Otra vez lo dije ya.

Que dó quiera hay sambenitos,
Estupendos, infinitos,
Que á todos nos tienen fritos,
Tambien lo dije otra vez.

Decir que el género humano,
En lugar de un ciudadano
Tiene en cada hombre un milano,
Lo sabe el mas avestruz.

Que hoy, el que mas y el que menos
Delira, sino en venenos,
En relámpagos y truenos,
No lo ignora un ababol.

(1) Fr. Gerundio. Imitacion.

Que tinta en sangre la tierra
Desde el valle á la alta sierra,
Inspira un dolor que aterra,
Hasta el mas ciego lo vé.

Repetir que la justicia
Ha hecho plaza á la malicia,
Hoy no puede ser noticia
Que á nadie sorprenda ya.

Y agregar que la inocencia
Con su cara de indijencia
Solo inspira indiferencia,
No es tampoco de interés.

Publicar que el mas sencillo
Modo de dar un codillo
Es pertrechar el bolsillo,
Fuera mucho repetir.

Y añadir que al insolente
Mas se mima y se consiente
Que á otro cualquier penitente,
Fuera cansar y moler.

Escribir, que, sin reproche,
Hay muchos que van en coche
Después de hacer un desmoche.....
Fuera al prójimo aburrir.

Y, volviendo á las andadas,
Decir que hay muchas jugadas
Pēor que Barrabasadas,
Fuera matar al lector.

Poner hoy de manifiesto,
Que el hombre mas indijesto
Nació para el mejor puesto,
Es repetir lo de ayer.

Y que el que tonto parece,
Lo mismo se desvanece
Que entre las manos se crece,
Es mil veces machucar.

Sí, pues, de uno ú de otro modo
En éste ó en aquel periodo,
Veo que está dicho todo
Y no tengo que decir,

Me escurro por este flanco
Y en el silencio me atranco,
Y haciéndome mudo y manco
No digo nada por hoy.

ESPARAVAN.

FOTOGRAFÍA.



En el siglo de las luces y de
las pretensiones, bien puede
permitirse á D. Junípero la
pretension de entender algo
de arte y echar su cuarto á
espadas en fotografia.

Sentado este principio, D.
Junípero se atreve á reco-
mandar al público el establecimiento
fotográfico del Sr. Fredericks, situado
en la calle de la Habana entre Obra-pía
y Lamparilla.

El Sr. Fredericks ha hecho grandes

sacrificios para montar su taller en to-
da forma, y las mejores pruebas de que
el resultado ha correspondido á sus es-
peranzas, son en primer lugar los esce-
lentes retratos que salen de su casa y
el favor no interrumpido que le dispen-
sa la sociedad habanera. Y no podia
menos de ser así, contando como cuenta
esa casa con el distinguido artista Sr.
Herlitz para iluminar sus fotografías.

Una fotografia pintada por Herlitz, es
ademas de un exacto retrato, una obra
de arte que merece figurar en primera
línea en el gabinete del mas escrupulo-
so aficionado á la pintura.

Tambien hemos visto con singular
satisfaccion el retrato del tenor Mazzo-
leni, pintado por el artista cubano Sr.
Melero. Esta acuarela demuestra desde
luego que su jóven autor tiene el senti-
miento verdadero del colorido, de la
entonacion y que no le falta gusto para
disponer un fondo adecuado al carácter
del personage retratado. Esta y otras
obras que hemos examinado del Sr.
Melero, nos mueven á citar el estable-
cimiento fotográfico donde trabaja, y
que con el nombre de Mestre, Puelles
y C^a se halla situado en la calle de
O'Reilly, entre Cuba y Aguiar.

Para terminar, pondremos en conoci-
miento del público que, en la acredita-
da fotografia del Sr. Molina (calle de la
Amistad, entre San Rafael y San José)
han sido reproducidas sobre el papel
las verdaderas efigies de los celebrados
individuos é individuosas que componen
la compañía ecuestre y acrobática de
Chiarini.

Solo hemos echado de menos el re-
trato de la bella Mrs. Hudson; una pre-
ciosa rubia con una cara y unos ojos y
un aquel..... Perdonad, lectores, este
arranque erótico de D. Junípero; se can-
saba ya de escribir con tanta forma-
lidad.

D. JUNÍPERO.

EPÍGRAMAS.

1º

¡Diez años sufrió D. Blas,
Cuñada y suegra en consorcio!
Alguno, por menos, tiene
Sitio en el martirologio.

2º

Primo y prima, al pié del ara
Fueron mujer y marido,
Y los lazos de la sangre
Los anuda el del cariño;
Pero, al nombrar á su esposo
Ella junta los dos vínculos,
Y si ayer—primo fulano
Hoy dice—marido primo.

3º

Al regresar de London
A Madrid un Diputado,
—Está el pais desairado,
Dijo, sin Exhibicion.
Y al Congreso una mocion
Presentó, grave y formal,
Para, en letra colosal,
Poner de la Inclusa al frente:
—Esposicion permanente
De la Industria Nacional.

MARIO.

ESTADO FINANCIERO DE LA HABANA.



Los que deben pagar.



Los que deben cobrar.



—Es preciso desengañarse, caballeros, la union de
los Estados Desunidos va pasando al estado de misto.
—¡Si yo tuviese á mi disposicion los egércitos del
Norte!....Mozo, otros cuatro ponches bien cargaditos.



égalité, fraternité.

JOHN STEWART. HISTORIA DE UN PAYASO.

(TRADUCIDO ESPRESAMENTE PARA DON JUNÍPERO.)

(Continúa.)

II.

Los hombres eran jóvenes aun; el mayor podría tener cuarenta años. El vestido que llevaba es difícil de describir: participaba á un tiempo del de los *lazzaroni* napolitanos y del de los toreros españoles. Sus cuellos quemados por el sol eran semejantes al del toro, y su robustez hacia adivinar la fuerza de los tres individuos.

El atavío de las mugeres no era ménos extraño: se componía de harapos de terciopelo y seda de colores chillones y desteñidos por el uso. Estas cuatro mugeres eran jóvenes, grandes, bien formadas, trigüeñas; cuyos rostros habrían sido duros hasta la ferocidad, si la dulzura de sus ojos negros, brillantes y profundos, no hubiese atenuado su explosión.

Los dos niños eran hijos de la mayor de las mugeres. Eran gemelos; pero no se se parecían hasta tal punto que pudiesen ser confundidos: tenían siete años de edad. Tan sucios como la madre, tenían como ella, ojos, pelo y dientes de una rara belleza.

Tales eran los personajes cuyo aspecto acababa de llamar la atención de Stewart. Al rededor de ellos, los parroquianos de la fonda, algunos viajeros de blusa y varios campesinos, habían formado círculo y los examinaban con toda la atención que merecía un espectáculo tan extraordinario.

—¿Qué jente es ésta? preguntó John al fondista, quien al ver llegar un hombre de buen talante había adivinado un cliente de importancia y se había acercado á él apresuradamente.

—Ah! señor, no me hableis de eso, respondió el fondista:—¡saltimbanquis!—Mañana es el día de la feria. Han venido á abrir una barraca en la plaza mayor, y han resuelto comer aquí mientras se instalan. Es un horror: venir gente de esa laya á una casa honrada. Ya vereis: cuando se tiene un establecimiento público, se corre el riesgo de recibir á la canalla.

—No los insulteis, dijo Stewart con voz breve.

Y como el fondista, sorprendido de semejante interrupción, le contemplase estupefacto.

—Servidme con prontitud agregó. Duerme aquí esta noche.

El fondista se inclinó y desapareció.

—¡Siempre habré de encontrar tentaciones por el camino! murmuró John sentándose delante de una mesa y poniendo sobre una silla su saco de viaje.

El había adivinado en ciertas señales exteriores, en la actitud, en el aspecto de los saltimbanquis, que ejercían el mismo oficio que durante tanto tiempo había sido el suyo.

—Estas gentes, pensaba él, están en la miseria, y sin embargo son mas felices que yo, quien, con todo, nada debería envidiarles. Ellos no siguen mas inspiraciones que las de su capricho: no tienen cuenta con las preocupaciones, siguen su camino en la vida, alegremente, sin aprehensiones, sin pensar en el *que dirán*, sin inquietudes respecto de la subsistencia de

mañana, libres de sus afecciones, contentos de hallarse en el mundo y orgullosos por vivir en él independientes.

En ese momento, vinieron á decir á John que pasase á la mesa, y una vez que se vió delante de una buena comida, como había hecho una larga jornada y tenía hambre, la naturaleza recobró sus derechos, y por un momento se olvidó de que había sido payaso. Pero en tanto que comía observó que el posadero hablaba con animación con el que parecía ser el jefe de la pequeña compañía. Las personas que estaban en la sala, atraídas por los gritos del pasadero se agrupaban detras de él para oír mejor su conversacion, en tanto que allá en el fondo los otros saltimbanquis esperaban ansiosamente el resultado.

Pronto redobló el ruido de las voces y pudo John oír una parte del diálogo.

—No saldreis de aquí sin pagarme, decía el fondista, con las facciones trastornadas por la cólera. No se entra así jamas en una casa honrada para salir de ella como un ladron. Vosotros habeis venido todos á comer aquí á sabiendas de que no podriais pagarme: debisteis avisármelo. Ahora voy á ser pagado al instante ó..... ¡cuidado con los gendarmes!

—Sois un malvado, respondió el pobre diablo á quien se dirigian aquellas palabras, y que ya iba por su vigésima súplica. Sabeis que mañana vamos á dar una función y que se os pagará de la entrada. ¿No podeis aguardar hasta mañana?

—¿Y si no hay entrada? No, no, á pagar en seguida.

—Bien veis que nos es imposible, dijo tristemente el saltimbanqui, paseando una mirada de desconsuelo sobre sus camaradas y sobre sí mismo.

—Entonces, tanto peor: me echaré sobre vuestra tienda; venderé la tela y las tablas, que á fé no dejarán de producirme el precio de vuestra comida.

La pertinacia del posadero habría sido risible, si no se hubiera hecho odiosa ante las protestas de aquellos desdichados.

A la amenaza de verse despejar de su establecimiento, el director,—alzó la cabeza. Estaba muy pálido, sus ojos brillaban con una ira reprimida, y detras de él las mugeres y demás individuos de la compañía se esforzaban por contenerle y calmarle.

—Eso, no lo hareis, dijo con voz firme.

—¿Y, quien me lo impedirá?

—Yo..... como nos causeis el menor perjuicio os aplasto como á un perro.

El posadero retrocedió asustado, y cuando se vió un poco lejos de su terrible deudor, recorrió con una mirada la sala para ver las personas á quienes en todo caso podría pedir auxilio.

En su rincón, comió Juan tranquilamente, indiferente en apariencia á los acontecimientos; pero muy interesado en el fondo por ver las consecuencias.

—Pues yo os declaro, exclamó entonces el acreedor, que si no me pagais desde luego, no saldreis de aquí sino para ir á la cárcel. Todos han oído la amenaza que acabais de hacerme.

—Y bien! todos verán de qué manera la ejecuto, exclamó el saltimbanqui adelantándose hácia su acreedor.

—Socorro! socorro! gritó este guarneciéndose detras de John.

A los gritos, John se puso de pié: con un solo gesto calmó el espanto del posadero y detuvo al saltimbanqui.

—Teneis vuestro merecido, dijo al primero; no hay hombre mas duro que vos. Pero estaos quieto y tranquilo: yo respondo

de los gastos causados por esta buena gente. En cuanto á vos, amigo mio, continuó, dirigiéndose al segundo, ibais á cometer una imprudencia: no es bueno hacerse uno justicia por sí mismo. Ahora ya podeis salir: este hombre no os lo impedirá.

Estas palabras concluyeron instantáneamente con la lucha que iba á trabarse. El posadero agachó la cabeza y se volvió á sus hornillas; el saltimbanqui balbuceó algunas espresiones de agradecimiento, enteramente conmovido por esa intervención inesperada que acababa de salvarlo en un momento tan crítico.

—Vamos, muchachos, exclamó dirigiéndose á los suyos: ¡al ensayo!

Contentos todos del desenlace del asunto se levantaron alegremente, y salieron.

El director se quedó el último, y ya se había vuelto para saludar á John, cuando este se le anticipó dirigiéndole la palabra.

—¿Quereis permitirme asistir á vuestro ensayo? le preguntó:

—Cabalmente iba á ofreceros un puesto para la representación de mañana, pero nada puedo rehusaros, y si os agrada mas el ensayo bien podeis venir.

—Vamos, pues me interesará más de lo que podeis pensar. ¿Como os llamais? preguntó John á su interlocutor.

—Basilio, para servirlos; español de origen y rosellones de nacimiento.

—Teneis un oficio bien pesado, amigo mio.

—Un oficio pesado: bien podeis decirlo! ¡Ay! pasamos horas crueles. Ya habeis visto lo que acaba de suceder con el posadero; por unos tristes francos que habíamos gastado en su casa, y que le serán pagados mañana, nos habría hecho ahorcar. Y, sin embargo ¿es culpa mia? Ayer nos fué preciso pagar el alquiler de nuestra tienda, pagar adelantado tambien á los decoradores, y nos hemos quedado sin otro recurso ni otra esperanza, que nuestra función de mañana. Por fortuna tendremos bastante gente.

—¿En que fundais esa suposición?

—Un presentimiento que no nos engaña jamás. Mirad: nosotros somos un poquillo nigrománticos; y despues de habernos salvado hoy de la prision, ya no podemos dudar del buen éxito de mañana.

—En este punto de la conversacion se encontraba, cuando llegaron al Campo de la feria. Era ya casi de noche, pero una noche clara que, ayudaba por los reverberos, permitia ver á los mercaderes forasteros concluyendo á toda prisa la instalacion de sus almacenes al aire libre para la gran jornada del siguiente día. La barraca de Basilio se alzaba en mitad del campo: era un gran recinto de tablas, en forma de cuadrilongo cubierto con una tela gris. A lo largo, del lado que daba frente á la multitud, se extendía un estrado abovedado que daba entrada á lo interior de la tienda, y al cual se subía por una escalera de tablas. Del mismo lado, desaparecía la madera bajo las tablas pintadas, ó mas bien embetunadas, que representaban los ejercicios que el espectador iba á ver. Aquí era un hombre colgado de los pies á un trapéicio con un peso enorme en cada mano; allá bailaba otro sobre botellas sin deramarlas; en fin un poco mas lejos, se veía á Mazep arrebatado por un fogoso caballo; en tanto que detras de él un gimnasta daba en un trapéicio el salto mortal por encima de una doble fila de bayonetas.

(Continuará.)

MAMA, QUE ME VAN A PINTAR!

CONTRADANZA COMPUESTA ESPRESAMENTE PARA EL "DON JUNIPERO"

POR

CARLOS ANCKERMANN.

PIANO.

JUNIPERADAS.

Por bailar una noche en Escauriza,
Murió de un sofocon D. Juan Palíza,
Y Felisa, su hermana,
Se enamoró de un viejo tarambana.
*Piensa, lector, si el caso se te ofrece,
Que quien ama el peligro en el perece.*

Después que á jugar me invita
Y el oro me gana Emilio,
Quiere que al mozo los naipes
Pague del dinero mio;
Como si yo fuera acaso
Aquel sastre del Campillo,
Que á mas de coser de valde
Encima ponía el hilo.

REMITIDO.

DE ACTUALIDAD.

"Amigo Linaza:

El vate Fornaris quiere polémica, y como no es posible tomarla por lo serio, pues ya el asunto del *color local* y la *actualidad* huele á *guasa*, me parece que habrás de agradecerme decline en tí la facultad de dar gusto al poeta Bayamés, pues la cosa ofrece mas campo á tu espíritu burlon, que á mí que no sé burlarme de nadie y que tuve que vencer mi repugnancia al dar al autor del *Guateque* la lección que provocó.

Ponme á los pies de la Madre Celestina, abraza en mi nombre á D. Junípero y ordena á tu buen amigo.—El Localista del Siglo."

Habiéndose publicado en *El Siglo* una gacetilla en que se daba cuenta de una función que tuvo lugar en la Sociedad del Pilar, se dijo que el Sr. D. José Fornaris había leído unos versos de su composición, que fueron aplaudidos mas que otros que se leyeron en el mismo lugar y en la misma noche; añadiendo el localista que los aplausos se debían no solo á que los versos eran muy buenos, sino á que tenían un pronunciado *colorido local*. (*El Guateque* era el título de la obra.)

El Sr. Fornaris insertó con este motivo un comunicado en la *Prensa*, diciendo que sus versos tenían ménos *color local* que los otros leídos en la misma ocasión, y que no eran de tanta actualidad como los últimamente mencionados, fundándose en que el *Guateque* describe costumbres de los *guajiros*, al paso que las otras composiciones las dedicaron sus autores á la *habanera* y á la Sociedad del Pilar, y que por todas estas consideraciones debía atribuirse el aplauso obtenido á otras circunstancias que no al *colorido local*.

Hasta aquí, lo que ha pasado; ahora entro á emitir mis pobres ideas. Muy equivocado está el Sr. Localista si cree que voy á dar á él la razón en este asunto. Yo creo que debemos dársela al Sr. Fornaris, porque como no la tiene, es el que mas necesita que se le dé.

Y no es culpa del vate popular carecer de razón en la cuestión presente: es que el Sr. Fornaris ha estado hasta hoy ignorando que el mérito especial de sus obras es precisamente el *colorido local*, así como Mr. Jourdain, vino á saber á los cuarenta años que hasta aquella edad había hablado en prosa, sin sospecharlo siquiera. Y mal parado veo yo á mi amigo el Localista, porque su contrincante es muy capaz de demostrar que es primo-hermano de Hatuey, para convencerlo de que sus obras no pueden tener *colorido local* en la Habana, sino solamente en el Camagüey. Entonces solo queda al gacetillero el recurso de ir á escribir *locales* al cabo de Hornos, donde es fama que el *Guateque* carece de actualidad.

Yo no quiero hablar de burla, como me recomienda el Localista, porque ya el Sr. Fornaris se ha encargado de burlarse de sí mismo, al promover una polémica en que entra quejándose de que hayan dicho que su romance es excelente, admirablemente versificado y de *color local*, que excita simpatías generales.

Para terminar diré que es necesario que se someta el romance á una prueba: remítase el *Guateque* al Ferrol ó San Sebastian de Ortigueira, hágase cantar al son de la gaita, y si agrada es prueba de que el *Guateque* no tiene *color local*, lo que debe causar mucho gusto al Sr. Fornaris.

Ha perdido la cuestión el Localista. El autor de los versos del *Siboney*, ha creído ver algo de Mazorra en esto de *local*, y protesta con toda energía contra el calificativo. Por otra parte nadie mejor que el padre conoce el carácter de su hijo, y yo por mi parte convengo en adoptar la calificación que dé á su obra el autor de los *Cantos del Siboney*.

Si mañana dice que su carta-comunicado no es un comunicado sino un epigrama, y que su firma no es firma sino dedicatoria, diré: convenido: es un magnífico epigrama dirigido á D. José Fornaris.

BACHILLER LINAZA.

ESPECTÁCULOS.

El simpático y aplaudido Maya dá su función de gracia en el Circo de Chiarini en la noche del sábado 24 del corriente.

Nuestros lectores habrán visto ya en los periódicos diarios el programa de esa fiesta y las novedades que ofrece, entre las cuales merecen mencionarse el *nuevo modo de viajar* á lo Maya y el *afeitarse por un método también nuevo*. Ambas escenas deben abundar en lances cómicos que harán pasar un agradable rato á los que favorezcan con su asistencia el beneficio del apreciable Clown.

En la plaza de Toros se presentará el domingo 25 el celebrado torero catalán Peroy que tantos aplausos ha alcanzado en los circos taurinos de la Península. Aconsejamos á los aficionados que no pierdan la ocasión de ver las nuevas suertes de destreza y fuerza que Peroy ha de ejecutar, y para las cuales nos consta que ha escogido con el mayor esmero el ganado que se ha de correr.

¡GRAN NOVEDAD!

Acaba de llegar al Circo de Chiarini una gran compañía de ópera, procedente de Londres, que comenzará sus funciones en la semana próxima. Viendo Chiarini que, por lo subido de las pretensiones, no podía contar con artistas de dos pies ha contratado artistas de cuatro patas y cuatro manos, perritos y monitos que harán furor.

A continuación damos el retrato de uno de los principales cantantes, retrato que hemos adquirido á costa de los mayores sacrificios.



CAMBIO DE ESCENA.



En lo que se trasforman las jardineras de los bailes campestres de Escauriza.

HABANA: Librería é imprenta EL IRIS, Obispo 22.